

Evolución de la carencia de lugar en el contexto del borde urbano

Evolution of placelessness in the context of the urban edge

Adaliz Catalina Martínez Hernández¹

Universidad de Guadalajara, México

adaliz.martinez7755@alumnos.udg.mx

<https://orcid.org/0009-0004-1450-467X>

Recepción: 29 abril 2024

Corregido: 24 noviembre 2024

Publicación: 30 mayo 2025

DOI: <https://doi.org/10.20983/decumanus.2025.1.1>

Resumen

La siguiente reflexión tiene como objetivo cuestionar el *lugar*, la *carencia de lugar* y los elementos ontológicos urbanos en los bordes urbanos. Primeramente, se analiza el concepto de borde urbano y se cuestiona su dimensión ontológica desde las observaciones de Hiernaux (2006). Y se continúa examinando la evolución del concepto de *carencia de lugar* abordado por el geógrafo humanista Edward Relph en 1976 y 2016, bajo las reflexiones de Arjun Appadurai (2001), respecto a los cambios sociales y culturales desencadenados por fenómenos, como la globalización, las migraciones y los medios de comunicación masiva electrónicos. Se concluye que es importante no reducir los conceptos, los elementos ni las problemáticas, considerando que todo tiene una influencia, no solo local sino también global, que hoy en día todo se encuentra mezclado y que existe una diversidad de imaginarios construyendo la ciudad.

Palabras clave: bordes urbanos, carencia de lugar, globalización, lugar.

Abstract

The purpose of the following reflection is to question the place, placelessness and the urban ontological elements on the urban edges. First, the concept of urban edge is analyzed and its ontological dimension is questioned based on the observations of Hiernaux (2006). And the evolution of the concept of placelessness

¹ Estudiante del Doctorado Ciudad, Territorio y Sustentabilidad (DCTS) de la Universidad de Guadalajara. Maestra en Ecología y Medio Ambiente por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Arquitecta por el Instituto Tecnológico de Chihuahua II. Los temas de interés son: ordenamiento ecológico territorial, planeación urbana y evaluación de impactos ambientales.

addressed by the humanist geographer Edward Relph in 1976 and 2016 continues to be examined, under the reflections of Arjun Appadurai (2001), regarding the social and cultural changes triggered by phenomena such as globalization, migrations and the electronic mass media. It is concluded that it is important not to reduce the concepts, elements or problems considering that everything has an influence, not only local but also global, that today everything is mixed and that there is a diversity of imaginaries building the city.

Keywords: urban edges, placelessness, globalization, place.

Introducción

La dirección que tomará el artículo se basará primeramente en un análisis sobre los bordes urbanos desde su conceptualización, naturaleza y problemáticas, apoyada en la lectura “Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano” (Hiernaux, 2006); seguidamente, se realizará una síntesis de la teoría del *Lugar*, como base para comprender la naturaleza del borde urbano, fundamentada en el estudio del lugar y la carencia de lugar, con el libro *Place and placelessness*, desde un enfoque fenomenológico del geógrafo humanista Edward Relph (1976), uno de los principales autores que han abordado el concepto de lugar; para posteriormente contrastar dichas reflexiones con una revisión realizada por el mismo autor cuarenta años después sobre el lugar y la carencia de lugar, con el artículo “The paradox of place and the evolution of placelessness” (Relph, 2016), entrelazando esta evaluación en retrospectiva con la lectura *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización* (Appadurai, 2001), específicamente sobre cómo la globalización, las migraciones y los medios de comunicación masiva electrónicos han transformado y configurado los lugares, así como la manera de comprenderlos y estudiarlos.

Finalmente se presenta una discusión que entrelaza la evolución del borde urbano, el lugar y la carencia de lugar, seguida de las conclusiones con base en la argumentación generada por las temáticas descritas anteriormente.

La problemática que se discute a lo largo del ensayo aboga por dejar de mirar los bordes urbanos como espacios que tienen que ser vendidos o regenerados, sino verlos como lugares en sí mismos; que presentan una enorme complejidad con elementos de lugar y carencia de lugar.

Conceptualización del borde urbano

Diferentes autores han estudiado los bordes urbanos en el contexto latinoamericano, conceptualizándolo de manera semejante.

En 2007 Ramírez Velázquez ya había definido el borde como “la franja variable que circunda a la mancha urbana consolidada, y que es parte medular de su transición, crecimiento y evolución” (p. 76).

Por otro lado, Ballén Velásquez (2014) analiza la noción de borde urbano, especificando que el concepto aborda las discusiones sobre el crecimiento urbano, la sustentabilidad, la relación campo-ciudad, las transformaciones sucedidas en las últimas décadas y el rol de los diferentes actores en el territorio; siendo caracterizado por un deterioro ambiental y las condiciones de habitabilidad. Ballén Velásquez (2014) explica que, de esta forma, el borde urbano se asemeja a otros conceptos que exponen el contacto entre lo urbano, lo rural y lo natural; sin embargo, cada uno tiene su propio marco teórico-metodológico, delimitando en diferentes escalas los territorios periféricos. La noción de borde urbano reconoce la existencia de dos o más realidades con una relación de proximidad, por lo cual indica la presencia de un límite, pero sin una clara demarcación. Para la autora lo importante en la investigación de bordes urbanos es explorar sobre todo lo simbólico, pero también los elementos históricos, culturales y discursivos que transforman dichos espacios, más allá de la dimensión física y paisajística. De esta forma, el borde urbano permite analizar al mismo tiempo los elementos de integración y diferenciación territorial, pudiendo abarcar diversas escalas y atributos. De acuerdo con Ballén Velásquez (2014) es necesario retomar los bordes urbanos como sistemas en sí mismos, a un nivel multidimensional y multiescalar, con conexiones, redes y flujos, que influyen en la estructuración de las periferias y diferentes condiciones sociales, ya que los bordes urbanos son un reflejo de las contradicciones de la sociedad contemporánea y su estudio resulta elemental para brindar propuestas innovadoras en la gestión de estos espacios.

Por su parte, Villamizar y Talavera (2018) proponen estudiar el borde urbano como una categoría territorial independiente, describiéndola como flexible, ya que estos espacios se encuentran en una constante construcción y transformación, con múltiples significados y dimensiones que surgen desde lo local ante las dinámicas del orden global.

Por otro lado, Aguilera y Sarmiento-Valdés (2019) han descrito los bordes urbanos como un espacio de oportunidad para ordenar las dimensiones sociales, económicas y geográficas, siendo un espacio que parece tenerlo todo y nada a la vez; como un lugar que potencializa la vida urbana y se encuentra repleto de significados, vivencias y tensiones; es también un escenario de continuidad, lo cual propicia la interacción entre sistemas, elementos y realidades. Por lo tanto, dichos autores lo conceptualizan como una franja de transición entre lo urbano y lo rural; como un espacio geográfico en donde se yuxtaponen dos dinámicas diferentes y en su encuentro crean un espacio indefinido, con propiedades de mutación, interacción y multidimensionalidad, como una franja marginal y segregada por el proceso de expansión urbana.

Como podemos notar todos estos autores han coincidido en diferentes elementos característicos de los bordes urbanos, por ejemplo, su carácter multidimensional, su influencia multiescalar, ser sistemas socioespaciales en sí mismos, su naturaleza de transición, su relación con el crecimiento urbano, su sentido simbólico y diversidad en significados, al igual que su constitución como reflejo de la globalización y la sociedad contemporánea.

El borde urbano aborda problemáticas enfocadas a crecimientos intensos, a tensiones entre habitantes y dinámicas socioculturales; de igual manera, estudia la conexión armónica de los ecosistemas circundantes con el entorno urbano, examinando las estrategias adaptativas de estos, para soportar los cambios propiciados por la presencia de las actividades antrópicas. Por lo cual la problemática ambiental tiene una mayor prioridad desde esta categoría.

Se puede concluir que el concepto de borde urbano aborda la preocupación por la crisis y la sostenibilidad ambiental, pues se enfoca en estudios sobre territorialidades, pertenencia, identidad, apropiación y significados. Y pone central atención en variables histórico-culturales y jurídico-políticas. Comprendiéndose como un espacio geográfico y sistémico; donde las estructuras de poder son papel clave en su configuración. El concepto de borde urbano exige así un enfoque multidisciplinar (Toro, Velasco y Niño, 2005; Ramírez Velázquez, 2007; Ballén Velásquez, 2014; Salazar y Ruiz, 2014; Villamizar y Talavera, 2018; Avellaneda y Narváez, 2019; Aguilera y Sarmiento-Valdés, 2019; Díaz et al., 2022).

Lo anterior remite a reflexionar sobre las propiedades esenciales de los bordes urbanos, tal y como lo hace Hiernaux (2006) al interrogar la dimensión ontológica de lo urbano ante las transformaciones sucedidas en las últimas décadas del siglo XX en las ciudades. El autor realiza dicho cuestionamiento pensando en los modos de vida urbana, yendo más allá de las dimensiones demográficas, morfológicas o económicas de las ciudades. Precisamente nos habla sobre el hecho de que lo urbano y lo rural está cada vez más mezclado, por lo cual es necesario preguntarnos qué es lo urbano.

Para esto Hiernaux (2006) propone tres dimensiones: lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito, como elementos integrados que ejemplifican la esencia de la ciudad. Comienza explicando lo laberíntico, observándolo como aquella oportunidad para la elección del camino, junto a la experiencia; como un andar en la vida, que no siempre es un camino recto; esta es una característica esencial de lo urbano, que se podría interpretar como la diferencia misma. Por lo cual critica la traza ortogonal y la racionalidad intachable expandida en los lugares, ya que quita estas oportunidades de elección, de diferencia, de dinamismo y movimiento.

En cuanto a lo fugaz, se refiere al tiempo, es decir, a la velocidad, siendo esta una característica que difiere con lo rural, pues en el campo los ritmos son más lentos. Además de la velocidad remite al cambio, por ejemplo, con las movi­lidades en los aspectos residenciales, laborales, en las actividades, etcétera.

Respecto a lo fortuito, Hiernaux (2006) nos habla del contacto social, de cómo la concentración de personas permite diferentes encuentros que, a su vez, posibilitan el surgimiento de algo imprevisto, involuntario y súbito, es decir, nuevas experiencias que aligeran la vida rutinaria, aburrida u ordenada. Por lo tanto, la ciudad o lo urbano permite una diversidad de experiencias humanas, que nacen de lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito.

Dicho autor reitera que los elementos principales de lo urbano no se deben a su morfología, sino más bien a los modos de vida, es decir, a las organizaciones socioeconómicas de las personas para satisfacer sus necesidades, no únicamente en el plano material sino también espiritual, reflejando cómo viven y bajo qué valores, motivaciones y razones realizan sus actividades.

En cuanto a territorios periféricos, Hiernaux (2006) afirma que las periferias, incluyendo las de México, no poseen un carácter laberíntico ni fugaz ni fortuito (elementos ontológicos esenciales de lo urbano). Critica específicamente la musealización, la gentrificación y la elitización de los espacios, donde se espera el tener lugares ideales para turistas o clases sociales altas, eliminando todo lo “indeseable”; dicho de otro modo: lo fugaz y lo fortuito.

A simple vista, los bordes urbanos, en su cuestión urbana, presentan precisamente esta escasez de lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito, que se ve reflejada sobre todo con el incremento de fraccionamientos residenciales cerrados, donde grupos sociales de clase media y alta han buscado este tipo de urbanización por razones que van desde la búsqueda de seguridad, contacto con la naturaleza, exclusividad y hasta el alejamiento del bullicio ciudadano (Pulido, 2014); provocado por procesos como la globalización y la reestructuración productiva derivada del neoliberalismo (Harvey, 2008; Mattos, 2006; Guevara, 2015). Disminuyendo lo laberíntico por su traza ortogonal, su lógica racional, su carácter meramente técnico; perdiendo lo fugaz y lo fortuito, ya que, a pesar de su constante desarrollo y crecimiento, no permite la diversidad en experiencias, pues todo parece igual, incesante y segregado, pero ¿realmente es así?

El lugar y la carencia de lugar, según Relph

Todo lo anterior se liga con el estudio del lugar y la carencia de lugar que realiza Edward Relph en 1976. Estas reflexiones se retoman para analizar los bordes urbanos como lugares, para comprender su esencia e identidad de lugar, así como lo laberíntico, fugaz y fortuito.

De acuerdo con Relph (1976), el lugar no solo supone una localización geográfica, pues conlleva significados y elementos históricos, y se comprende mediante los significados que las personas le asignan. Analiza al lugar como un fenómeno en sí mismo que se relaciona con componentes como la locación, el paisaje, el tiempo, la comunidad, el involucramiento personal y el arraigo. Explica que el lugar se reconoce como un medio de acción e intención de la conciencia y experiencia humana, además de significar un punto de partida para mostrar nuestra persona al mundo, teniendo grandes implicaciones en la identidad cultural y la seguridad de las personas.

El citado autor diferenciaba el lugar sobre la carencia de lugar argumentando que existían lugares con ausencia de significados y profundidad, generando experiencias mediocres, comprendiendo la carencia de lugar como la uniformidad cultural y geográfica que observaba como un fenómeno creciente, con la falta de adaptación a las condiciones locales.

Retomando las reflexiones filosóficas de Heidegger (1962), Relph (1976) abordó la carencia de lugar desde las nociones de autenticidad e inautenticidad. La autenticidad supone estar conectado y abierto al mundo, siendo consciente de las condiciones y cualidades humanas, mientras que la inautenticidad asume una actitud que se aísla del mundo y de las posibilidades humanas. El autor aclara que existen diversas formas de inautenticidad, como la inconsciente y subjetiva, esto es, cuando las personas son influenciadas sin advertirlo ni preocuparse por ello; y la inautenticidad autoconsciente e intencionada, donde se observa un pensamiento de desapego y estrechez, preocupándose solamente por la función, sin tomar en cuenta los significados, por ejemplo, el tecnicismo. Este tipo de inautenticidad se observa en sociedades industrializadas y masivas. Como ejemplo de inautenticidad consciente, Relph (1976) observa la planificación donde los significados de los lugares se ignoran y los lugares son solo localizaciones para desarrollar. En la planificación urbana se procede a crear lugares basados en técnicas, de manera diferente a como son experimentados. Asimismo, el autor argumenta que una actitud inauténtica hacia los lugares se transmite por diferentes medios y procesos, los cuales directa e indirectamente incitan la carencia de lugar. Estos medios pueden ser comunicaciones masivas, cultura masiva, grandes empresas, autoridades o el mismo sistema económico.

Examinando el lugar y la carencia de lugar

De acuerdo con el mismo Relph (2016), el lugar y la carencia de lugar han cambiado dramáticamente desde sus reflexiones en *Place and placenessless* (1976), conectándose de esta manera con las reflexiones que realiza Appadurai (2001) en *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*.

Una primera diferencia que destaca Relph, cuarenta años después sobre su estudio del lugar y la carencia de lugar, es comenzar describiendo la relación que existe entre ambos conceptos, comentando que están entrelazados, ya que son inseparables: “Para apreciar la identidad distintiva de un lugar es necesario comprender su similitud con otro lugar” (2016, p. 20).

Es decir, para el citado autor el lugar se trata de lo distintivo, mientras que la carencia de lugar tiene que ver con la igualdad. Sin embargo, aclara que no todo es positivo con el lugar y lo distintivo, pues crea exclusión, ideas del forastero y limpiezas étnicas. En 1997 Relph ya había hablado del *sentido del lugar envenenado*, explicando que lo positivo del sentido del lugar requiere de un balance razonable; es decir, puede haber dos extremos: el primero, con el exceso del internacionalismo con carencia de lugar, el cual erosiona la identidad de lugar local; y el otro, cuando es perturbado con exceso de celo local o nacional, es el sentido del lugar envenenado, que trata a otros lugares con desprecio. El peligro del sentido de lugar es cuando este se envenena con tendencias de supremacías nacionalistas étnicas y la xenofobia. Y, por otro lado, algunas ideas de igualdad y de carencia de lugar no siempre son algo negativo, ya que permiten cierto desarraigo provinciano y posibilitan un pensamiento más universal y tolerante a las diferencias.

No obstante, lo que ha condenado Relph es una postura radical racionalista, donde se “reduce a las personas a unidades estadísticas y trata a los lugares como lugares vacíos” (2016, p. 21). Al tener una mirada más panorámica, hablando específicamente del tiempo, Relph (2016) explica el desarrollo de la carencia de lugar modernista con su origen en el racionalismo del siglo XVII y, posteriormente, con la Revolución Industrial. Después, la arquitectura modernista (Bauhaus) aplicó estas ideas a su estilo estético y funcional; pero este estilo se extendió hasta después de la Segunda Guerra Mundial, pues era necesario reconstruir ciudades enteras, donde arquitectos y planificadores eliminaron lo viejo y lo cambiaron por este tipo de urbanización, que carecía de diversidad geográfica local.

Es precisamente este tipo de arquitectura y paisaje urbano lo que este autor en 1976 designó como carencia de lugar, por su falta de lo distintivo, ya que este tipo de urbanización podía ser vista en diferentes países, cercanos o lejanos.

Sin embargo, Relph, en 2016, admite que no era consciente de que en la década de los setenta ya se comenzaba a gestar una resistencia a la carencia de lugar modernista, puesto que se estaban desarrollando diversos cambios culturales y políticos, como los movimientos por los derechos civiles y en contra de la degradación ambiental. Menciona a Jane Jacobs como ejemplo de esta resistencia a la carencia de lugar, con las críticas que realizó la autora a la planificación modernista y su participación en contra de la construcción de autopistas y la demolición de edificios antiguos, en la década de los sesenta. Asimismo, hace mención

sobre la protección del patrimonio mundial cultural y natural por parte de la Unesco en 1972, como reconocimiento de lo distintivo de los lugares.

Posteriormente, Relph habla de la llegada del estilo posmoderno en la arquitectura, el cual rompe con la ausencia de ornamento y busca nuevos significados y técnicas de construcción; notando que, inclusive, las multinacionales comienzan a dejar la uniformidad y a adaptarse a edificios antiguos. Aclara que este rasgo fue usado con fines neoliberales, pues la creación de marcas y el *marketing* de los lugares, por su carácter distintivo, pudo ser usado como un elemento competitivo y para fomentar la inversión extranjera.

No obstante, el autor explica que todos estos cambios van más allá de motivos conceptuales o ideológicos, manipuladores y arbitrarios, pues en el fondo había un cambio epistemológico que se debía al cuestionamiento al racionalismo; desde mediados del siglo XX se comenzaba a notar la pérdida de confianza en esta corriente, así como también de diferentes cambios sociales: defensa hacia las minorías, igualdad de género, importancia al patrimonio y diversidad ecológica.

En este sentido, Appadurai (2001) habla de las esferas públicas en diáspora como uno de los grandes cambios sociales surgido mediante imágenes en movimiento por los medios de comunicación masiva electrónicos y las migraciones.

Para Relph, estos cambios redujeron el dominio de la carencia de lugar moderna, siendo la base para la valoración del carácter distintivo de los lugares; sin embargo, estos cambios fueron más allá de la valoración de los procesos locales, quedando claro para el autor que: “lo global y lo local, la falta de lugar y el lugar, se consideraban íntimamente interrelacionados” (2016, p. 26).

Según este autor, que en la década de los noventa hubiera menos carencia de lugar en los paisajes urbanos, por la estética y prácticas modernas, es un ejemplo temprano de dicho cambio de paradigma, lo que sucedió con la liberación de la heterogeneidad en un mundo interconectado: “Los lugares en todas partes, sin importar cuán grandes, pequeños, nuevos o antiguos sean, han comenzado a evolucionar hacia híbridos de singularidad local e igualdad compartida globalmente” (2016, p. 26).

Esto se relaciona con la experiencia que comparte Appadurai cuando menciona cómo vivió en su juventud estos cambios de la modernidad, al mirar películas hollywoodenses y pedirle a su hermano que le trajera *jeans* de Estados Unidos, así como “un poquito del aire de aquel lugar” (2001, p. 5); de esa manera, en él se fue erosionando esa parte de la identidad del imperio colonial inglés y fue desarrollando una mirada más cosmopolita. Es precisamente la intención del trabajo de Appadurai (2001) mostrar el contraste de estas experiencias que tuvo en su juventud contra las clases teóricas sobre la modernidad en la década de los setenta. Para Appadurai (2001), la modernidad se encontraba desbordada, pues afirmaba la existencia de

una ruptura de la modernización y observaba en los medios de comunicación y los movimientos migratorios el reconocimiento de los cambios. Por lo cual se encuentra muy relacionado con el análisis en retrospectiva que realiza Relph (2016), al mirar en una posición más adelantada en el tiempo todos estos cambios.

De acuerdo con Appadurai (2001), es en el trabajo de la imaginación donde las personas unen lo global con sus prácticas culturales cotidianas, a través de desacuerdos y negociaciones simbólicas, que se potencializan con los avances tecnológicos.

Continuando con el análisis en retrospectiva de Relph (2016), seguidamente centra su atención en lo híbrido. De acuerdo con él los lugares siempre han sido híbridos, ya que desde tiempos remotos las prácticas locales se modificaban por conocimientos provenientes de otros lugares; no obstante, lo nuevo es que ahora la movilidad de las personas sea un fenómeno intenso y creciente, por lo cual se importan ideas a otros lugares con mayor facilidad, generando una hibridación presente en los lugares cotidianos contemporáneos.

Relph menciona que las migraciones internacionales han sucedido desde 1970, recalcando la posibilidad de vivir o estar unidos a varios lugares; dicho transnacionalismo se observa en diferentes tiendas y restaurantes: “Se han yuxtapuesto y superpuesto diferentes culturas y sus conectividades a paisajes urbanos preexistentes para crear politopías complejas ocupadas simultáneamente por muchas geografías diferentes” (2016, p. 29). Para Appadurai (2001), es justamente la combinación de los medios de comunicación electrónicos con las migraciones masivas lo que origina el carácter transnacional.

Ya que un objetivo de Appadurai (2001) es retomar las dimensiones culturales de la globalización comienza con definir lo que, para él, es cultura, mencionando que se niega a verlo como una cosa en sí misma, pues acarrea la idea de unión, dejando a un lado lo diferente, es decir, aquellas personas que son marginadas. Para Appadurai, lo “cultural” como adjetivo tiene más que ver con las diferencias y los contrastes, siendo de este modo más enriquecedor. Por lo tanto, la cultura sería más bien un “recurso heurístico que podemos usar para hablar de las diferencias” (2001, p. 15); y, de esta forma, crear concepciones de la identidad de grupo, al retomar ciertas diferencias, las cuales pueden ser movilizadas.

El capitalismo global, aclara Relph, es un bastión de la modernidad sin lugar, que no pone cuidado en las consecuencias locales y se observa en paisajes carentes de lugar, como hoteles, oficinas corporativas y puertos de contenedores; pero aun así cada uno de estos sitios buscan tener un rasgo distintivo, convirtiéndose en símbolo de identidad de ciudades: “A un nivel mundano, la globalización económica impregna la vida cotidiana en todas partes y en todas las culturas a través de sus servicios, empleo y valores” (2016, p. 29).

No obstante, la carencia de lugar presente se mitiga cuando existe la combinación de diferentes lugares y se generan nuevos escenarios. Resalta el papel de los medios electrónicos para configurar la hibridación de lugares: “En la aldea global prolifera la diversidad, pero sin un orden claro” (Relph, 2016, p. 30).

A diferencia de 1976, para Relph en 2016 la idea de interior y exterior, y de lugar y carencia de lugar, ahora no funcionan igual o no son tan evidentes como lo eran entonces; pues menciona que ahora todos estamos interconectados de alguna manera, sin importar que alguien nunca haya salido de su lugar de origen; ahora el resto del mundo ha sido importado a aquel lugar, de algún otro modo.

En su libro, Appadurai (2001) analiza cómo los medios electrónicos han impactado tanto en el comportamiento como en la comunicación, cambiando los discursos de la vida cotidiana; explicando que estos medios se encuentran disponibles para todo tipo de personas e influyen en la identidad e imagen personal. Otra característica en los medios electrónicos es la velocidad con la que se desarrollan y llegan a las vidas de las personas, transformando las subjetividades cotidianas; para Appadurai esto tiene, además, un carácter político, que se aleja de la influencia del Estado-nación.

El punto principal para Relph es que los cambios sociales y tecnológicos de los últimos cuarenta años desencadenaron grandes impactos para la comprensión del lugar:

Casi en todas partes hay ahora una peculiar amalgama de lugar y no lugar, en capas, una mezcla, un compuesto, una síntesis, una reunión, un híbrido de diferentes historias y geografías. Sin embargo, el desarraigo es sólo una parte de la historia. Me parece que ha ido acompañada en gran medida de lo que podría llamarse “reintegración”: la formación de nuevas relaciones sociales y conexiones con lugares elegidos por sus atributos distintivos por grupos de ideas afines. (2016, p. 31)

Un ejemplo de esto son los jubilados que buscan lugares cálidos, urbanitas que buscan una vida citadina peculiar o los pueblos gay. Todos estos lugares, explica Relph, pueden ser una mezcla de influencias sociales importadas, de conexiones entre lugares y comunidades afines, y los diseños pueden contener elementos carentes de lugar; sin embargo, poseen la cualidad de la unión:

En los últimos cuarenta años las relaciones entre lo local y lo compartido, entre el lugar y la falta de lugar, se han entrelazado. En cierto sentido, todos hemos sido desplazados y desarraigados, no por la fuerza, sino por los suaves atractivos de la movilidad y la comunicación, y luego encontramos formas de reconectarnos con nuevos lugares porque encontramos formas de volver a arraigar los valores y aspiraciones que llevamos con nosotros. (2016, p. 32)

Conforme a este autor, ahora la experiencia del lugar no se trata sobre las raíces o la necesidad y la responsabilidad de la herencia, sino más bien es una cuestión de sacarle provecho y disfrutar al máximo el lugar en donde estamos. Esta idea se conecta con lo reflexionado con Appadurai cuando aclara la relación entre cultura y etnicidad, mencionando que él no adopta la etnicidad como la idea de la familia y el parentesco, sino más bien como la construcción y movilización consciente de las diferencias para crear una identidad de grupo, es decir, una cuestión de culturalismo; y este culturalismo se observa al sobrepasar fronteras, siendo transnacional: “el culturalismo es la forma que las diferencias culturales tienden a adoptar en la era de los medios masivos de comunicación, las migraciones masivas y la globalización” (2001, p. 17).

Según Relph (1997), se debe seguir un camino intermedio, sin inclinarse al nacionalismo o la fabricación de lugares, pues, al explorar los paisajes transferidos y los nacionalismos reconstituidos de la posmodernidad, un sentido común del lugar puede ser una base esencial para adoptar una actitud equilibrada que reconozca las diferencias, pero al mismo tiempo no socave el carácter distintivo de cada lugar.

Relph (2016) explica que ahora la paradoja del lugar es apreciar la identidad distintiva del lugar desde la comprensión de su similitud con otros lugares. Continúa explicando que ya se han mezclado tanto y tan intensamente los lugares, que es difícil diferenciar lo copiado o prestado de otro lugar. Aclara también que la carencia de lugar no ha desaparecido, pero ahora ha cambiado de carácter; se ha vuelto sutil y de algún modo también ha traído consigo aspectos positivos a la vida cotidiana.

La revisión que realiza el autor cuarenta años después nos ilustra sobre intentar trascender los conceptos de lugar y carencia de lugar que desarrolló en 1976, que se han convertido en conceptos confusos que no pueden ser desvinculados con la realidad actual ni tratados particularmente sin retomar el contexto global, ya que ahora todo está mezclado e inclusive invertido. Estos conceptos no pueden ser tomados literalmente ni reducidos, pues se requiere retomar la paradoja del lugar para comprender cómo son hoy en día nuestras experiencias; en este sentido, las reflexiones de Appadurai (2001) permiten comprender aún más cómo se han transformado nuestras vidas cotidianas con los cambios producidos por la globalización, la migración y los medios de comunicación masiva electrónicos.

Mutación del lugar y la carencia de lugar en territorios periféricos

A través del análisis que realiza Gil Grandett (2019) sobre el estudio y las problemáticas de los espacios periféricos en el contexto latinoamericano en décadas anteriores, podemos comprender cómo ha sido la evolución del lugar y la carencia de lugar en los bordes urbanos, de acuerdo con lo desarrollado previamente.

La citada autora expone que en las décadas de 1950 a 1980, se encontraban tendencias marginales donde comenzaba el debate respecto a dos polaridades: el centro y la periferia. Desde estas perspectivas, se entendió al centro como un lugar histórico, ordenado, de progreso y de jerarquía; mientras a la periferia como un lugar dominado, conflictivo y degenerado (Aricó, Mansilla y Stanchieri, 2016).

Sin embargo, en estos años la periferia tenía su propia identidad, pues existía una cultura periférica con sus propios valores. Se encontraba una “innovación cultural” (Aricó et al., 2016), en la cual poder cuestionar la clase dominante del momento.

Entonces, esta periferia era un lugar en sí mismo, en donde constantemente se construían relaciones y vínculos sociales fuertes, ya que la gente se apoyaba frente a la adversidad. Esta periferia, fuese como fuese, contenía elementos del lugar, tal como lo describe Relph (1976).

Posteriormente, en el periodo 1980-2000, de acuerdo con Gil Grandett (2019), se analizaron tendencias que vinculaban dinámicas políticas y sociales, pues apareció el concepto de zonas periurbanas, se observó una urbanización acelerada y dispersa, y se enfocó en el dualismo: urbano-rural. Sobre todo, estuvo presente la fase neoliberal del capitalismo, la cual modificó a las ciudades.

Por lo tanto, aquellos espacios que se creían degenerados comenzaron a verse como espacios de oportunidad, para “regenerar” la calidad urbanística y ambiental. En diferentes partes del mundo, se planearon estrategias urbanísticas para revalorizar aquel espacio “decadente” (Aricó et al., 2016). A través de los diferentes cambios sociales, como la globalización, los territorios periféricos empezaron a tener un dinamismo urbano o un dinamismo inmobiliario muy importante. De esta forma, el territorio periférico se vio como un espacio vendible para ser regenerado y empezó a perder la identidad con la que ya contaba la periferia, ya que comenzó a contener elementos de la carencia de lugar, es decir, lugares sin significados profundos, uniformidad geográfica, experiencias comunes, etcétera.

Seguidamente, conforme a Gil Grandett (2019), a partir de la década de los dos mil, aparece el concepto del borde urbano, donde se observan crecimientos intensos y límites territoriales difusos, produciéndose una pérdida del sentido del lugar (Nogué, 2014) y donde, además, se otorga mayor importancia a la dimensión ambiental, resultado de la preocupación por el medio ambiente que surgió en los movimientos a partir de la década de los setenta. Se reconoce a los bordes urbanos como “bisagras de sostenibilidad” (Gil Grandett, 2019), es decir, como lugares de interconexión. Por lo tanto, el término de borde urbano surge como una preocupación de la forma de urbanizar los territorios periféricos, sobre todo en el aspecto medioambiental (Ballén Velásquez, 2014).

En las ciudades latinoamericanas se observan bordes urbanos con tipologías diferentes; se encuentran bordes con fraccionamientos cerrados para clases medias y altas (Bazant, 2010; Pulido, 2014), pero también continúan presentes bordes urbanos con características marginales, e inclusive donde se presentan estas dos realidades mezcladas o confrontadas.

Por lo cual los bordes urbanos se convierten en territorios híbridos, donde se observan elementos globales, por ejemplo, en fraccionamientos cerrados que no cuentan con una identidad propia, teniendo un estilo moderno y funcional, pero sin ningún carácter propio, es decir, carente de lugar.

No obstante, en dichos territorios, ya sean fraccionamientos cerrados de clase media o alta, o incluso en la periferia con viviendas de bajos recursos, es posible observar la paradoja del lugar de la que nos habla Relph (2016). Ya que, a pesar de la uniformidad geográfica presente en los territorios de borde, no se pueden tachar de no ser “lugares”, y solo contener elementos de la carencia de lugar; pues las personas que ahí habitan les otorgan una identidad propia, formando lazos vecinales, significados simbólicos, adaptándolos a su localidad, convirtiéndolos en su refugio y su hogar, donde las personas valoran la tranquilidad que estos les ofrecen. Se convierten en un lugar de oportunidad para mejorar su vida, y donde iniciar familia; se convierten, pues, en lugares significativos para ellos y donde surge la posibilidad de conectar con sus identidades territoriales.

Por lo cual en los bordes urbanos también se encuentran espacios de hibridación, complejos, donde hay elementos de lugar y de carencia de lugar, siendo importante observarlos más allá de estigmas; ver a estos territorios más allá de su potencial para ser vendidos y ser regenerados urbanísticamente. Es fundamental entender estos espacios como lugares en sí mismos, con sus propias identidades y significados, donde existen diversas maneras de experimentarlos, donde hay que observar realmente cómo son las interacciones que se forjan y qué vínculos sociales y ambientales se generan.

Más que intentar encontrar una solución simplemente basada en la técnica o en intereses económicos, se debería considerar analizar estos lugares realmente como son vividos, como son sentidos, como son experimentados en conjunto en su elemento social, cultural y físico.

Conclusiones

Es importante cuestionar el concepto de los bordes urbanos, cuáles son sus elementos esenciales y qué los distingue de otros conceptos, tal y como lo hace Hiernaux (2006) cuando invita a cuestionar la dimensión ontológica de la ciudad. En este sentido, se puede concluir que los bordes urbanos son territorios en transición donde existe un encuentro de espacios con diferentes dinámicas y esencias, y es precisamente

este choque el que genera nuevas experiencias, pero al mismo tiempo nuevas problemáticas; el concepto surge precisamente de la expansión urbana sucedida en las últimas décadas del siglo XX, de la degradación ambiental y de las interacciones entre la sociedad y la naturaleza. En su cuestión urbana deberían seguir mostrando las tres dimensiones esenciales de lo urbano: lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito; sin embargo, esto no siempre ocurre, pues lo que se observa son urbanizaciones invasivas, segregadas, sin carácter ni diversidad, y donde reinan los intereses de unos pocos. Estos espacios, por lo tanto, requieren ser analizados desde la forma en que son percibidos y utilizados en la cotidianidad, desde su aspecto simbólico, para integrarlo mejor en su entendimiento ecológico, social y económico.

Conforme a lo anterior, para vislumbrar los significados y el aspecto simbólico de los bordes urbanos es necesario comenzar con el estudio del lugar, y como ya vimos, con los cambios sociales, políticos y culturales de las últimas décadas que han transformado significativamente los lugares y nuestras vidas cotidianas y, por lo tanto, nuestras experiencias. Se debe continuar reflexionando sobre cómo y por qué han cambiado nuestros modos de vida, y cómo esto ha afectado a nuestras ciudades, la relación de unos con otros y nuestra relación con la naturaleza. Es importante no reducir los conceptos, los elementos ni las problemáticas, y considerar que todo tiene una influencia, no solo local sino también global.

Además, tomar en cuenta que hoy en día no es tan sencillo definir la carencia de lugar en los bordes urbanos, a partir únicamente de la similitud geográfica que expresan, ya que pueden contener también elementos particulares y distintivos; debido a que las personas a través de su cotidianidad y apropiación del espacio lo dotan de significados y cualidades locales. En la actualidad existe una diversidad de imaginarios construyendo la ciudad.

Referencias bibliográficas

- Aguilera Martínez, F. A. y Sarmiento-Valdés, F. A. (2019). *El borde urbano como territorio complejo. Reflexiones para su ocupación*. Universidad Católica de Colombia. <https://repository.ucatolica.edu.co/server/api/core/bitstreams/615bf478-15c7-4b57-afdd-07cc137a747b/content>
- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. Ediciones Trilce.
- Aricó, G., Mansilla, J. A. y Stanchieri, M. L. (2016). Desentrañando la periferia urbana. Espacio, tiempo y rasgos de los “barrios corsarios”. En G. Aricó, J. A. Mansilla y M. L. Stanchieri (Coords.), *Barrios corsarios: memoria histórica, luchas urbanas y cambio social en los márgenes de la ciudad neoliberal* (pp. 17-36). Pollen Edicions.

- Avellaneda Cusara, A. y Narveaz Jiménez, I. C. (2019). Transformación del ambiente en bordes urbanos. *Biotecnia*, 21(2), 11-18. <https://doi.org/10.18633/biotecnia.v21i2.901>
- Ballén Velásquez, L. M. (2014). "Desbordando" la categoría de borde. Reflexiones desde la experiencia bogotana. *Bitácora Urbano Territorial*, 24(2), 131-140. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0124-79132014000200131&lng=en&tlng=es
- Bazant, J. (2010). Expansión urbana incontrolada y paradigmas de la planeación urbana. *Espacio Abierto*, 19(3). <https://produccioncientificaluz.org/index.php/espacio/article/view/1405>
- Díaz Osorio, M., Pulgarín Osorio, Y., Peaz Calvo, A. y Ovalle, J. (2022). Resignificación del patrimonio cultural en bordes urbanos. *Bitácora Urbano Territorial*, 32(1), 247-260. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v32n1.96008>
- Gil Grandett, N. I. (2019). El borde urbano: un concepto dinámico e integral para el estudio de los espacios urbano regionales. *Revista Latinoamericana de Estudiantes de Geografía*, 6, 10-20.
- Guevara, T. (2015). Abordajes teóricos sobre las transformaciones sociales, económicas y territoriales en las ciudades latinoamericanas contemporáneas. *EURE (Santiago)*, 41(124), 5-24. <https://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612015000400001>
- Harvey, D. (2008). La libertad de la ciudad. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 1(7), 15-29. <https://doi.org/10.7440/antipoda7.2008.02>
- Heidegger, M. (1962). *Being and time*. Harper and Row.
- Hiernaux, D. (2006). Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano. *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, 4(2), 7-17.
- Mattos, C. A. (2006). Modernización capitalista y transformación metropolitana en América Latina: cinco tendencias constitutivas. En A. I. Geraiges de Lemos, M. Arroyo y M. L. Silveira (Eds.), *América Latina: cidade, campo e turismo*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), San Pablo.
- Nogué, J. (2014). Sentido del lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica*, 5(2) 155-163. http://dx.doi.org/10.5209/rev_GEOP.2014.v5.n2.48842
- Pulido, N. (2014). Bordes urbanos metropolitanos en Venezuela ante nuevas leyes y proyectos inmobiliarios. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 23(1), 15-38. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=281829103001>

- Ramírez Velázquez, B. R. (2007). Del suburbio y la periferia al borde: el modelo de crecimiento de la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM). *L'Ordinaire des Amériques*, 69-89. <https://doi.org/10.4000/orda.3350>
- Relph, E. (1976). *Place and Placelessness*. Pion.
- Relph, E. (1997). Sense of Place. En Susan Hanson (Ed.), *Ten Geographical Ideas that Have Changed the World*. Rutgers University Press
- Relph, E. (2016). The Paradox of Place and the Evolution of Placelessness. En R. Freestone y É. Liu (Eds.), *Place and Placelessness Revisited* (pp. 20-34). Routledge Research in Planning and Urban.
- Salazar Hernández, C. A. y Ruiz Zuleta, B. (2014). La noción de borde en la narrativa urbana. Estudio de caso: Medellín, Colombia. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 24(2), 31-39. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74833911015>
- Toro Vasco, C., Velasco Bernal, V. y Niño Soto, A. (2005). El borde como espacio articulador de la ciudad actual y su entorno. *Revista Ingenierías Universidad de Medellín*, 4(7), 55-65. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=75004705>
- Villamizar Duarte, N. y Talavera, H. (2018). Introducción: Bordes urbanos como procesos territoriales. En N. Villamizar-Duarte y H. Talavera-Dávila (Eds.), *Bordes urbanos. Procesos de construcción territorial* (pp. 10-15). Universidad Nacional de Colombia.